El "más allá" en la obra de Cervantes

"The beyond" in the work of Cervantes

José Mª de Peralta y Sosa

Catedrático de Historia. Profesor Emérito de la Universidad de Extremadura.
(Fecha de recepción 28-04-2006)
(Fecha de aceptación 12-06-2006)

Resumen

Habiendo finalizado el año conmemorativo dedicado al cuarto centenario de Cervantes, me pareció oportuno una vez pasadas estas efemérides, dedicar un artículo a la idea del "más allá" en la obra del principal autor español de todos los tiempos, y reflejar las distintas posiciones ante el tránsito a la otra vida que da en su obra, correspondientes a su época, en la que nos encontramos con el Renacimiento, la Mística y el sentir popular ante la muerte.

Cervantes, como es tan prolífico escritor, según sea la obra literaria que escribe, sabe expresar con mano maestra el sentir de su personaje con una fuerza y una expresividad llena de encomio y de loa.

Palabras Clave: *Cervantes, más allá, muerte, Quijote, Persiles, la Galatea, Numancia, Tratos de Argel.*

Summary

After the end of the commemorative year dedicated to Cervantes' fourth Century, I thought that it was the moment to write an article about "the beyond" in the work of the most important Spanish writer of all times and to show the different positions about the passing to the other life that he offers in his work, according to his time, where we face the Renaissance, the Mysticism and the popular feeling before the death.

Cervantes, since he is such a prolific writer, depending on the literary work that he writes, knows how to express, with master hand, the feeling of his characters with an admirable strength and expressiveness.

Key Words: *Cervantes, the beyond, death, Quijote, Persiles, la Galatea, Numancia, Tratos de Argel.*

El "más allá" en la obra de Cervantes

El problema de la muerte no constituye la clave de la obra de Cervantes. No es Cervantes un escritor para quien el acto de morir ocupe el centro de la atención literaria y de la creación poética. Más bien se nos presenta vuelto hacia la vida. La vida atraviesa caudalosamente la obra de Cervantes, con su belleza y su absurdo, con su ímpetu y sus miserias. En el mundo cervantino tiene su puesto lo noble y lo horrendo, la ternura y la soberbia. Nada que signifique "existencia" está excluido de aquel cosmos literario, en que todo lo humano tiene su asiento.

Sin embargo, Cervantes es rico en observaciones y pensamientos geniales sobre el más allá.

La posición cervantina ante la muerte se nos muestra manifiesta en muchos pasajes a través de su producción novelística y dramática. En esos pensamientos es posible hallar una cierta sistemática, una concepción ordenada y clara, como corresponde a un escritor de corte clásico, observador, reflexivo y dotado de genio creador. Bien entendido que la sistemática cervantina sobre la muerte no es la del moralista profesional.

Puede suscribirse aquella repulsa de D. Juan Valera a quienes hicieron de Cervantes *"un terrible erudito, un reverendo moralizador, un purista escrupuloso, un atildado hablista, un siervo de las reglas"*[1]. Nada de eso fue Cervantes. En todo momento su personalidad se sobrepone a los convencionalismos o a las normas establecidas. Ante el tema de la muerte se produce con idéntica libertad y las ideas de la época quedan subordinadas a su voluntad de artista.

Recibe las ideas procedentes de la teología católica, la ascética y la piedad de su tiempo. Otras ideas proceden del Renacimiento y de la posición popular. Parte la radical mutabilidad de las cosas, que explica la rítmica alternancia de vida y muerte:

"La noche al día y el calor al frío,
la flor al fruto van en seguimiento,
formando de contrarios igual tela.
La sujeción se cambia en señorío,
el placer en pesar, la gloria en viento,
che per tal variar natura e bella"[2].

En estos versos se evidencia una posición renaciente, lejano eco de Heráclito, con una alusión a la unidad de los contrarios. En Heráclito leemos: *"También la naturaleza se mueve de acuerdo con los contrarios y produce así la armonía, y no con lo igual"*[3]. *Y en Cervantes, "formando de contrarios igual tela".*

Este eco indirecto y remoto llega a Cervantes muy de trasmano, a través de una recepción renacentista. La muerte queda así incluida en la trama de la naturaleza y de la vida.

En vivo contraste con la consideración equilibrada y renacentista, se nos dibuja en el pensamiento de Cervantes, un fuerte influjo de la ascética y de la teología católicas. Así en la poesía *"A la muerte de Dª Isabel de Valois"*[4]:

"Mirad quién es el mundo y su pujanza,
y cómo de la más alegre vida
la muerte lleva siempre la victoria"

Y en la *"Elegía al Cardenal Diego de Espinosa"*[5]:

"Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre,
el alma goza de perpetua gloria
y el cuerpo de terrena pesadumbre.
No se pase, señor, de tu memoria
cómo en un tiempo la invencible muerte
lleva de nuestras vidas la victoria".

Tema ascético *"Victoria de la muerte"* con amplia genealogía en la historia de la pintura y de la literatura medievales.

En Cervantes se ven reminiscencias del beato Alonso de Orozco, asceta y gran escritor agustino. En su obra, con este título escribía, *"Todos los sabios filósofos en una verdad concretaron, y con grande razón afirmaron ser la más alta filosofía la consideración de la muerte"*[6].

La caducidad de las cosas humanas, da inspiración a Cervantes, que lo glosa incesantemente: *"Esta que llaman muerte* - escribe en el Persiles - *mezcla los tálamos con las sepulturas y las galas con los lutos"*[7].

Con esta idea entronca el *"Temor a la muerte"*. Cervantes andariego, cordial, humano, observador de primer orden, pudo comprobar ese universal sentimiento de miedo a la muerte, al que presta en su literatura incesante atención. Este miedo ha sido objeto de un estudio psicológico en el *"Rufián dichoso"* cuando dice:

"Con todo es mejor vivir;
que en los casos desiguales,
el mayor mal de los males
se sabe que es el morir".

Cervantes ha enfrentado a su personaje con el saber de la muerte, y le conduce al desconsuelo.

El mismo tema hallamos en su última obra, "Persiles":

"Un miedo dilatado y un temor no vencido fatiga más el alma que una repentina muerte; que en el acabamiento súbito se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte"[9]. Cervantes insiste en el terror como experiencia humana que solamente puede superarse por la esperanza en el más allá y la trascendencia.

Sin embargo, esta rígida aceptación del esquema teológico, tiene con frecuencia en Cervantes la contrapartida del alegre sentir renacentista, rico en conceptos, juegos verbales y antítesis. Ante la vida desgraciada por ausencia de amores es preferible la muerte, y puede ser más valiosa que la vida.

Surgen así los conceptos de *"morir viviendo"* o de *"vivir muriendo"*. El tema del amante desdichado a quién la alegría de morir puede retornar a la vida, se hace común con la ascética.

Veamos una muestra de este sentimiento de la muerte como liberación:

"Mas todos estos temores
que me figura mi suerte,
se acabarán con la muerte
que es el fin de los dolores"[10].

La vida carece de valor sin amor; así lo ve Cervantes en la Galatea:

"En áspera, cerrada, oscura noche
sin ver jamás el esperado día,
y en continuo, crecido, amargo llanto,
ajeno de placer, contento y risa,

merece estar, en una viva muerte,
aquel que sin amor pasa la vida"[11].

Cuando por falta de amor una vida no vive, la muerte se convierte en un valor vital; así lo expresa el manco de Lepanto:

"Tú, mar que escuchas mi llanto,
tú, cielo que le ordenaste,
amor por quien lloro tanto,
muerte que mi bien llevaste,
acabad ya mi quebranto.
Tú, mar, mi cuerpo recibe,
tú, cielo, acoge mi alma,
tú, amor, con la fama escribe,
que muerte llevó la palma
desta vida que no vive"[12]

De ahí que la muerte pueda ser un vivo deseo. Una *"vida que no vive"*, pide *"vivir en la muerte"*. Es este el tema de Silerio en *"la Galatea"*:

"Horas de cualquier otro venturosas:
Aquel dulce del mortal traspaso,
aquella de mi muerte sola os pido"[13]

Estos conceptos son comunes al Renacimiento y a la literatura mística y ascética, que exalta una absoluta sublimación de este amor; este tema es originario de los alegres y desenfadados poetas bajo-medievales.

Dos grupos de ideas confluyen en el pensamiento del príncipe de las Letras españolas. Uno procede de la tradición teológica y otro del sentimiento humanista.

Ambas posiciones aparecen contrapuestas con esa vivacidad que es galardón de la poesía cervantina, en estas quintillas:

"Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor, muriendo
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interés
acabar, mas no lo es
pues con discurso mejor
me da la vida el temor
de lo que será después"[14]

Cervantes resuelve esta incógnita en una esperanza teológica. Existe una adecuación entre la vida y la muerte. Al temor del más allá, debe imponerse la esperanza de la vida futura, expresándolo así:

"En la hora que la muerte
a la pobre vida alcanza,
se ha de asir de la esperanza
el alma, que en ello advierte"[15]

Esta esperanza descansa en la promesa divina, pero también en el esfuerzo humano. Es la estrecha adecuación entre vida y muerte.

"Quédate, Antonio, y advierte
que de la vida a la muerte
hay muy poca diferencia:
quien vive bien, muere bien;
quien mal vive, muere mal"[16]

Pero no todo es en Cervantes teología católica y humanismo renacentista. Hay otra actitud que procede del materialismo ingenuo popular, tomándola como un realismo resignado en labios de Sancho Panza:

"A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la des-

carnada, digo en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres... No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega y corta así la seca como la verde hierba"[17]

Esta pintura responde al gusto popular, realista, y obedece a un íntimo sustrato de resignación. Es una muestra de la penetración de lo popular en Cervantes: como los refranes de Sancho, la ternura de los cantares, o el garbo del romance viejo.

No obstante, más que los pensamientos y pasajes cervantinos que revelan un fondo doctrinal, su actitud ante el más allá, se evidencia en el modo con que sus personajes se enfrentan con el trance final.

Existe en la obra de Cervantes una variada tipología del acto de morir. A cada personaje corresponde su propia muerte, y esta guarda una esencial estructura con la significación y la vida del personaje.

El primer tipo es la muerte violenta, repentina, imprevista. Es ajeno al temor, a la incertidumbre. Este es el caso de Bradamiro en el *"Persiles"*.

En la misma obra plantea el segundo tipo: la muerte dulce y serena del justo; así es el caso de Cloelia, en la que dice: *"Ve ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo; yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece; pero si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya y de la mejor que es en mi mano, le ofrezco mi vida. Esto dijo, y pronunciando muchas veces el nombre de Jesús, cerró los ojos en tenebrosa noche"*[18].

En la muerte de Cloelia coexisten tres elementos: disgusto por la muerte prematura, pues se considera útil y necesaria para su hija; resignación y ofrecimiento de su vida; y una cierta angustia en presencia de la tenebrosa noche.

En la teología cristiana esa cierta angustia nada tiene que ver con el temor del réprobo. Pertenece a la estructura del acto de morir, por la resistencia de la naturaleza a la separación del alma.

El beato Alonso de Orozco, de predilecta lectura para Cervantes, escribe en su Victoria de la muerte: *"Cuatro cosas al menos se nos ofrecen, las cuales en aquella agonía pasan por los que mueren. La primera es el temor de partida tan larga y nueva. La segunda es los dolores que allí aprietan. La tercera, la soledad que se siente. La cuarta, el temor de aparecer delante del Juez cuando el alma salga del cuerpo"*[19].

En el mismo "Persiles", otro personaje con plena conciencia de su muerte despide la existencia. Hace también recomendaciones de última voluntad y afronta después su tránsito: *"Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes, avivaron los espíritus de Persiles y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos"*[20].

En esta dulce muerte que Cervantes describe con reiteración en diversos personajes, intervienen con frecuencia factores de orden sobrenatural.

Así, el martirio en el personaje conmovedor de *"Los baños de Argel"*, Francisquito. Cervantes da a esta escena

un enorme patetismo. El niño muere con valor, pero le acompaña esa resistencia de la naturaleza que pone un punto de angustia siempre en las descripciones cervantinas de la muerte:

"¡Oh padre, lléguese a mí,
que el velle me da consuelo!
¡Ya la muerte helada y fría
a dejaros me provoca
con su mortal agonía!"

La intensidad dramática culmina en la ternura del padre, que presencia el martirio y exclama:

"¡Quién supiese el muladar
en donde te han de enterrar,
reliquia pequeña y santa,
para que pueda mi planta
con mis lágrimas regar!"[21].

En situación parecida, un personaje del *"Tratado de Argel"*, llamado Saavedra y que representa al propio Cervantes, dice después de describir una muerte heroica:

"Aunque parece ofendida
a humanos ojos su suerte,
el acabar con tal muerte
es comenzar mejor vida"[22].

En esta tipología ocupa un lugar fundamental el tránsito del santo. Es de enorme valor dramático y religioso la muerte del padre Cruz, en *"El rufián dichoso"*. En ella concurren tentaciones, enfermedades y demonios. Sus últimas palabras son de renuncia, de humildad y de arrepentimiento.[23]

Cervantes quiere exaltar en torno al fallecimiento de su héroe, los dos grandes dogmas escatológicos del catolicismo: la salvación por la confianza, y la comunión de los santos.

Lo que el cristianismo nos enseña sobre la muerte, la confianza, la eternidad, el arrepentimiento, está representado en la jornada tercera de *"El Rufián Dichoso"*. No falta tampoco un fuerte elemento humano: el diálogo entre el padre Cruz y fray Antonio, un antiguo compañero en la vida profana, diálogo que es toda una obra maestra de reprimida emoción ante la inminencia del tránsito al más allá.

No faltan ni siquiera los efectos venturosos de un óbito santo sobre el cuerpo físico, es decir, el milagro que como emblema de la *"pax mortis"*, transmuta los propios restos que esperan sepultura.

Al margen de estos fallecimientos dulces o santos, presenta Cervantes algunos estudios de "entrega a la muerte". Este óbito por abandono, por renuncia apasionada a vivir, está en el umbral del suicidio, sin constituir un acto de autosupresión. Se limita a una deliberada anulación de toda resistencia ante la muerte.

Perfiles humorísticos tiene la del enamorado portugués, que se resume en el famoso epitafio: *"Aquí yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Coitiño, Caballero portugués, que a no ser portugués, aún fuera vivo. No murió a las manos de ningún castellano, sino a las del amor, que todo lo puede; procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasajero"*[24].

Más acento trágico posee esta entrega a la muerte en el Carrizales de *"El celoso extremeño"*. Después de una primera reacción iracunda ante la traición

de Leonora, viene el perdón, la inculpación de sí propio, la comprensión en grado extremo para su esposa, y finalmente la no resistencia a la muerte. *"La pasión que tengo* - dice Carrizales - *me aprieta de manera que a más andar me va acortando los pasos de la vida. Esto dicho... le sobrevino un terrible desmayo"*. Y finalmente *"el dolor le apretó de manera que al seteno día le llevaron a la sepultura"*[25].

El mismo caso se repite en *"El curioso impertinente"*. Anselmo, como Carrizales, ha preparado su propio infortunio. En uno ha sido la prueba innecesaria, en otro el exceso en la guarda: en ambos la imprudencia. Cuando se consuma la desgracia conyugal de Anselmo, en su propia indefensión anímica, su renuncia a vivir le produce la muerte: *"Viéndose, pues, solo, comenzó a cargar tanto la imaginación de su desventura que claramente conoció por las premisas mortales que en sí sentía que se le iba acabando la vida; y así ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte, y comenzando a escribir, antes que acabase de poner todo lo que quería, le faltó el aliento y dejó la vida en manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente"*[26].

En un grado más alto está el "suicidio heroico", del que Cervantes plantea también un viviente ejemplo en *"La Numancia"*. Esta tragedia histórica, pese al inevitable artificio retórico y al pie forzado de la trama, posee situaciones auténticamente humanas.

Para Cervantes, el heroísmo numantino lleva a una muerte colectiva a los defensores. Único superviviente es el joven Bariato. Escipión desea perdonarle la vida para conducirle como triunfo simbólico a Roma. Le promete la libertad y la opulencia: *"Si a mí te entregas y te das de grado..."*.

Pero el joven superviviente contesta que prefiere la muerte. Su discurso rechazando la vida y la libertad se resume en un solo verso, el más denso y apasionado de todos:

"Yo heredé de Numancia todo el brío..."[27].

Después consuma el "suicidio heroico", arrojándose desde la muralla. Escipión hace el elogio fúnebre del numantino y la Fama promete la inmortalidad a Numancia.

Si en el mundo infantil de Cervantes cotejamos el héroe numantino Bariato, con el niño martirizado de *"Los baños de Argel"*, hallaríamos una gran analogía en cuanto al valor, el arranque y el ardoroso desafío. Hay moralmente una diferencia, el Francisquito del martirio muere por no abjurar de la fe, en ofrenda - como cristiano - a la verdad eterna. En definitiva, muere por razones sobrenaturales. Su sacrificio tiene una finalidad: salva su alma y - en virtud del dogma de la comunión de los santos - contrae méritos para la salvación de otras almas. Por el contrario, el joven Bariato muere por el honor, pero su sacrificio carece ya de finalidad. No se ofrece a nada sobrenatural, aunque su muerte deja el renombre del heroísmo. Es una ofrenda al orgullo de la estirpe y a la memoria de la ciudad. Es un heroico suicidio. Cervantes canta uno y otro con el mismo entusiasmo, si bien con distintos acentos. Pone ecos de plegaria en el primer caso; ecos de indignada epopeya en el segundo.

Y esta gradación - entrega a la muerte y suicidio heroico - nos conduce a un nuevo aspecto de la compleja posición de Cervantes. Se trata ahora del suicidio en sentido estricto, del suicidio por disconformidad con la vida, por desesperación, por insatisfechas añoranzas.

Es la situación en que se encuentra Doña Ana de Treviño en *"El rufián dichoso"*. El médico le revela, un tanto bruscamente, la gravedad de su estado y la inminencia de la muerte. Doña Ana se resiste a la muerte. Sobreviene el temor, la desesperación y concluye negando la posibilidad del perdón divino. El clérigo la exhorta:

"La mayor ofensa haces
a Dios, que puedes hacer;
que en no esperar y temer
parece que le deshaces,
pues vas contra el atributo
que El tiene de omnipotente,
pecado el más insolente
más sin razón y más bruto.
En dos pecados se ha visto
que Judas quiso extremarse:
y fue el mayor el de ahorcarse,
que el haber vendido a Cristo.
Hacéis agravio, señora,
grande en no esperar en El,
porque El es paloma sin hiel
con quien su pecado llora"[28].

Cervantes postula como máximo el pecado de desesperación.

Otro texto cervantino corrobora esta idea de que la desesperación *"es el mayor pecado de los hombres... por ser pecado de demonios"*[29].

Pero el suicidio es simplemente la fase culminante del pecado de desesperación. En *"La Gran Sultana"*, Doña Catalina de Oviedo sugiere la idea del suicidio, a lo que contesta el sacerdote:

"Es la desesperación
pecado tan malo y feo,
que ninguno según creo,
le hace comparación.
El matarse es cobardía
y es poner tasa a la mano
liberal del soberano
bien que nos sustenta y guía.
Esta gran verdad se ha visto
donde no puede dudarse:
que más pecó en aforcarse
Judas, que en vender a Cristo"[30].

La condenación cervantina del suicidio encuentra su más tajante expresión en la repetida comparación con el pecado de Judas.

No es posible llevar más lejos la condenación teórica y abstracta. Sin embargo, presenta de muy distinta manera el mismo problema en la muerte del pastor Grisóstomo, amante desesperado de Marcela. A la condenación abstracta y doctrinal, se opone aquí la presentación de una escena romántica, llena de simpatía y de tragedia:

"Allí fue - dice Ambrosio, el amigo de Grisóstomo - *la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida; y aquí en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido..."*. Verifícase entonces aquel entierro, en que la amistad asume el papel del sacerdote, en que con pala-

bras calurosas Ambrosio recuerda la nobleza y virtudes del pastor fallecido, y en que por plegaria se leen las impresionantes estrofas de la "Canción desesperada"[31].

La escena del entierro y el discurso de Marcela son como una completa y vigorosa desautorización del suicidio. *"Cuando tiene lugar el suicidio del pastor desesperado de amores por la hermosa Marcela, de tal manera habla la pastora, y con tales dejos de filosofía natural, y con tales arranques de fortaleza cristiana defiende su libertad y su independencia... que no tiene prosélitos el suicidio, ni allí queda asentado, sino intrínsecamente maldecido el derecho a privarse de la vida con las propias manos"*[32].

En realidad Marcela se limita a defender su libertad para corresponder o no al amor que se le ofrezca. Por lo demás y ante las razones de Don Quijote y Ambrosio, "ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes". Después colocan una peña sobre la fosa, cubren la sepultura de ramos y flores, dan el pésame a Ambrosio, y cumplida esta ceremonia, todos, incluso Don Quijote, continúan su camino.

Aquí se limita el novelista a narrar la muerte de un joven melancólico, adornado de las mejores cualidades. Es un apasionado que no tuvo fortuna en el amor. Prefiere vivir su muerte a morir su vida. No pide otra cosa que el olvido eterno, silencio y un rincón para su sepultura entre las abruptas soledades.

Cervantes le ofrece también una ocasión para explicarse. Es la *"Canción desesperada"*. No contiene una justificación, pero en ella hay tal fuerza, tal pasión, que todos guardan un triste silencio.

La *"Canción desesperada"* es la obra maestra de la poesía cervantina. Pocas veces la pasión sin forma ni límite ha encontrado una expresión más enérgica.

Cervantes ha puesto toda su inspiración, su técnica más complicada, el endecasílabo sonoro, la rima interna, para cantar la decisión de un desesperado, como podemos ver en esta estrofa:

"Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
mi vista a ver en sombra la esperanza,
ni yo, desesperado, la procuro,
antes, por extremarme, en mi querella,
estar sin ella, eternamente juro".

Y es que es, en el complejo espíritu de aquel gran artista, uno de esos extraños contrastes, como el que le mueve a expresarse sobre la muerte con jovial acento renaciente o con grave rigor teológico. Al tema de la muerte, responde Cervantes con tres posiciones: una clásica; otra, contrarreformista; y en la *"Canción desesperada"*, romántica en su más arrebatada forma.

Pero en ningún otro pasaje de su obra llega Cervantes a escrutar el sentido de la muerte como en el capítulo que relata el tránsito de Don Quijote. La escena sorprende por su extraña mezcla de ternura e ironía, realismo y trágica tensión.

El autor entiende la muerte del caballero andante como una renuncia. En todo caso, esa renuncia plenifica la vida de Don Alonso Quijano, de cuya esencia

humana estaba hecho el errante caballero Don Quijote.

No olvidemos que a través de la locura de Don Quijote resplandecía la inmensa bondad de Alonso Quijano. La razón recuperada otorga al moribundo la posibilidad de percibir toda su vida unitariamente, como un proceso cohesivo y unívoco.

Asombra la serenidad con que el Ingenioso Hidalgo reconstruye el sentido de su vida, juzga los esenciales valores de su persona, y se enfrenta con el trance mortal.

Esa capacidad valorativa y razonadora, culmina la estructura de la existencia heroica.

Ahora bien, esa serenidad, esa mirada estelar sobre la tierra, ese valor en la coyuntura letal, constituye un anticipo de la muerte de Cervantes. Don Alonso Quijano está conformado por la sustancia humana de Cervantes, como Don Quijote por la de Alonso Quijano.

El héroe de ficción muere adelantando el estilo con que ha de morir el héroe real que fue Miguel de Cervantes. *"Enternece y apesadumbra la muerte de Don Quijote como la de una persona que en realidad ha existido, y a la cual hemos profesado entrañable afecto"*[33], escribe Rodríguez Marín.

Y esa persona que en realidad ha existido es el propio Cervantes, que en la muerte de su héroe prefigura el tranquilo valor, la insuperable dignidad con que él mismo ha de encararse con la muerte.

Así fue en vida como en muerte, modelo de sus propias criaturas, pues no en balde la mejor obra, el más alto personaje de Cervantes, es Cervantes mismo.

Notas

1 Juan Valera.- Disertaciones y juicios literarios.- Madrid. Imp. Tello.- 1890.- pgs. 13-14.
2 Galatea.- Libro V.- Soneto de Damón.
3 Hermann Diels.- Heraclito fram. 10.- Weidmam 7ª ed. 1954.
4 A la muerte de la reina Doña Isabel de Valois.
5 Elegía al Cardenal Diego de Espinosa.
6 Alonso Orozco.- Victoria de la muerte.- Madrid.- Gil Blas.- 1921.- pg. V.
7 Persiles. III. 21.
8 El rufián dichoso.- Jornada II.
9 Persiles. II, 16.
10 Galatea.- V. (lamento de Galatea).
11 Galatea. Lib. I (lamento de Artidoro)
12 Galatea.- Lib. V. (lamento de Timbrio)
13 Galatea.- Lib. V. (lamento de Silerio)
14 Cervantes.- Quintillas.- En Américo Castro.- El pensamiento de Cervantes. Madrid. CEH. 1925.
15 El rufián dichoso. Jornada II.
16 Id. El rufián dichoso. Jornada II.
17 Quijote. II. 20.
18 Persiles. I. 15.
19 Alonso Orozco.- Victoria de la muerte.- Madrid.- Gil Blas.- 1921.- pg. 54.

18 Persiles.- IV. 14.
19 Los baños de Argel.- Jornada III.
20 El trato de Argel. Jornada III.
21 El rufián dichoso. Jornada III.
22 Persiles.- III. 1.
23 El celoso extremeño.
24 Quijote.- I. 35.
25 La Numancia.- Jornada IV.
26 El rufián dichoso. Jornada II.
27 El casamiento engañoso.
28 La Gran Sultana.- Jornada III.
29 Quijote.- I. 12-14.
30 Id. Quijote.- I. 12-14.
31 Rodríguez Marín.- El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.- T. IV. Madrid. RABM.- 1928. pg. 467.

Referencias bibliográficas.

Acebrón Ruiz, J. (ed.). (2001). *Centenario de la primera edición impresa del Quijote. Fechas antiguas que los caballeros en armas pasaron. Estudios sobre la ficción caballeresca.* Lleida. Universidad de Lleida.

Aguirre Bellver, J. (2003). *Como se escribió el Quijote. Técnica y estilo de Cervantes.* Servicio de Publicaciones. Universidad de Alcalá. Alcalá de Henares. Madrid.

Bernat Vistarini, A. (coord.). (1998). *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas.* Universidad de Islas Baleares.

Blanco Pascual, J. (2005). *Miguel de Cervantes Saavedra. Regocijo de las musas.* Universidad de Valladolid. Valladolid.

Cabada Gómez, M. (2001). Teoría de la lectura literaria del Quijote. Colección estudios. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.

Díaz Martín, J.E. (2003). *Cervantes y la magia en el Quijote de 1605. Estudios y Ensayos.* Servicio de Publicaciones. Universidad de Málaga. Málaga.

Garrote Pérez, F. (1979). *La naturaleza en el pensamiento de Cervantes.* Estudios Filológicos. Ediciones de la Universidad de Salamanca. Salamanca.

Marchant Rivera, A. (2003). **Literatura e historia de la cultura escrita. Prácticas Bibliográficas y escriturariasen el Quijote de Cervantes.** Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Málaga.

Rubio Esteban, M.M. (2004). *Historia novelada y perimundo de Miguel de Cervantes.* Colec. Letras Humanas. Universidad del País Vasco.

Tesoro Bibliográfico 16 (2005). *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Reproducción de la Edición de la Real Academia Española (1862).* Ediciones de la Universidad de Salamanca. Salamanca.